

Acompañar en el camino de la madurez a los candidatos al sacerdocio

Una propuesta desde la psicología de Gordon Allport

Francisco Javier Insa Gómez

Recientemente cayó en mis manos un libro divulgativo que me llamó la atención por su subtítulo: *La madurez. Dar a las cosas la importancia que tienen*¹. Quizás no es una definición de madurez, pero sí nos da luz sobre sus consecuencias: la persona madura es equilibrada, como un instrumento bien afinado, que da la nota adecuada a la composición que se está ejecutando, sin estridencias ni salidas de tono. No se deja llevar por la precipitación ante las labores urgentes, ni retrasa indefinidamente las que pueden esperar. No cae ni en la agitación ni en la duda paralizante ante los problemas con que se tiene que enfrentar. Es empático con quienes le rodean, sin dejarse llevar por dependencias afectivas ni provocarlas en los demás. En definitiva, sabe dar a las cosas la importancia que tienen, ni más ni menos.

La formación humana, fundamento de toda la formación sacerdotal², puede resumirse en acompañar a los candidatos, generalmente jóvenes, en el camino hacia la madurez, teniendo en cuenta que se trata de un proceso que habrá de durar toda la vida: difícilmente podremos decir de alguno que es completamente maduro, pero siempre buscaremos personas “suficientemente maduras” para las tareas que se tengan que afrontar. Y sobre todo tendremos en cuenta que en última instancia se trata de mucho más que ser una persona equilibrada: el sacerdote aspira «a la condición de un hombre perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo»³.

Al enfrentarse a esta apasionante tarea, el formador se podría preguntar: ¿cuáles son, en concreto, las manifestaciones de esa madurez? Y, sobre todo, ¿cómo ayudar a un crecimiento maduro de la personalidad?

En este artículo ofrecemos unas posibles respuestas partiendo del psicólogo estadounidense Gordon W. Allport (1897-1967)⁴. Este conocido profesor de Harvard no se atreve a dar una definición precisa de madurez, por considerar que tiene muchas implicaciones, incluso éticas, pero en la obra *Pattern and Growth in Personality*⁵, escrita casi al final de su vida, ofrece seis criterios que nos pueden servir como guía en la evaluación y como orientación para ayudar al crecimiento en madurez de los jóvenes.

· Doctor en Teología Moral. Secretario del Centro de Formación Sacerdotal de la Universidad Pontificia de la Santa Cruz. Médico Psiquiatra.

¹ M. A. MARTÍ GARCÍA, *La madurez. Dar a las cosas la importancia que tienen*, Ediciones Internacionales Universitarias, Madrid 1998.

² Cfr. JUAN PABLO II, Ex. Ap. *Pastores dabo vobis*, n. 43.

³ *Ef* 4, 13.

⁴ Entre los libros recientes que estudian las aportaciones de este autor para una psicología de matriz cristiana, cfr. W. VIAL, *Madurez psicológica y espiritual*, Palabra, Madrid 2016, especialmente pp. 17, 65-66, 79-82 y 111-113.

⁵ G. W. ALPORT, *Pattern and Growth in Personality*, Harcourt College Publishers, San Diego (CA) 1961. Nos hemos servido de la traducción española: *La personalidad. Su configuración y desarrollo*, Herder, Barcelona 1968, específicamente pp. 329-367.

Desarrollaremos a continuación cada uno de esos criterios, especificando algunas posibles aplicaciones a la situación concreta de los seminaristas.

Extensión del sentido de sí mismo

A partir de la adolescencia, se establece «una conexión entre el individuo y otra persona, extendiéndose rápidamente los límites del sí mismo. El bien de otra persona es tan importante para el sujeto como el bien propio; mejor: el bien de la otra persona es *idéntico* con el bien propio». De esta manera, «se incorporan en el sentido de sí mismo nuevas ambiciones, nuevas pertenencias a grupos, nuevas ideas, nuevos amigos, nuevos recreos y aficiones y, sobre todo, la vocación de cada individuo. Son factores nuevos en la identidad propia»⁶.

El egocentrismo infantil, centrado en la satisfacción de sus propias necesidades e intereses, va dejando paso a intereses externos al sujeto, pero que –y he aquí el punto esencial de este rasgo en Allport– dejan de ser algo externo para pasar a formar parte de la estructura del yo: el yo se extiende, crece y se enriquece con esos elementos, y la persona progresa en madurez.

Es evidente que el joven que decide entrar en el seminario ha alcanzado un alto grado de extensión del yo, hasta el punto de entregar su vida al servicio del Reino de Dios en la Iglesia. No obstante, en la labor de formación se le podrá ayudar a que esta decisión se integre cada vez más en su vida.

Un primer paso será asegurarse de que ha superado ese egocentrismo infantil, la búsqueda de un beneficio personal de tipo material o psicológico –éste generalmente inconsciente–. Este egocentrismo puede manifestarse en una búsqueda de autoafirmación o dominio, o bien de un ambiente que cubra sus carencias afectivas o encubra sus dificultades de relación con personas del mismo o de distinto sexo.

Por el contrario, las disposiciones que deberán moverle son de amor –de amor a Dios y a los hombres–, y en consecuencia de servicio. Su actitud en el trato con los demás, como veremos en el siguiente apartado, será esencial para evaluar este aspecto.

Por otro lado, conviene comprobar hasta qué punto ha incorporado en su yo los intereses de la comunidad a la que pertenece: en primer lugar, la Iglesia, tanto universal como local; y más en concreto el seminario y otras entidades a las que pertenezca, como por ejemplo la parroquia donde colabora en las tareas pastorales. Un buen termómetro será su interés por las intenciones del Papa y el propio obispo, por las necesidades de la Iglesia en el mundo y en su diócesis –persecuciones, carencias materiales, desarrollo misionero, etc.–, por la vida en el seminario –cumplimiento del horario y el reglamento, colaboración en tareas de mantenimiento de la casa, interés por los que conviven con él, etc.–, y de modo especial una auténtica preocupación por las necesidades espirituales y materiales de la gente con la que tiene contacto, que le mueva a mitigarlas en la medida de sus posibilidades.

Relación emocional con otras personas

La persona madura «es capaz de una gran intimidad en su capacidad de amar, ya sea en la vida familiar, ya en una profunda amistad. Por otra parte, huye de la murmuración y se abstiene de intromisiones y de todo intento de dominar a los demás, incluso dentro de su propia familia. Tiene en sus relaciones un cierto desprendimiento que le hace respetar y

⁶ *Ibid.*, pp. 338-339.

apreciar la condición humana en todos los hombres. Este tipo de relación emocional puede muy bien llamarse *simpatía*⁷.

Pasamos de la relación con una institución, con la gente en general, al trato con las personas particulares. El paso puede no ser tan evidente ni fácil como parecería a primera vista, como nos muestra el *starets* Zósima de la inmortal obra de Dostoievski, que contaba esta confidencia de un amigo: «Amo a la humanidad, pero, para sorpresa mía, cuanto más quiero a la humanidad en general, menos cariño me inspiran las personas en particular, individualmente. Más de una vez he soñado apasionadamente con servir a la humanidad, y tal vez incluso habría subido el calvario por mis semejantes, si hubiera sido necesario; pero no puedo vivir dos días seguidos con una persona en la misma habitación: lo sé por experiencia»⁸.

La persona madura razona de un modo muy distinto al de este personaje: es cercana y accesible, se interesa por los que tiene alrededor, se muestra empática y comprensiva, sobrelleva los defectos de los demás y sabe escuchar también a los que tienen modos de ser e intereses distintos. Con algunos coincide en gustos, aficiones y formas de ser, y establece con ellos auténticas relaciones de amistad desinteresada, que conllevan un mayor trato, pero sin caer en la exclusividad ni en cerrarse a los demás.

Por otra parte, Allport advierte contra las relaciones de dependencia afectiva, que acaban por eliminar a la persona porque no respetan la alteridad. La persona madura no busca imponerse ni dominar, no tiene necesidad de un séquito de admiradores que le obedezcan acríticamente. En el otro extremo, tampoco se somete a los dictados de alguien que trate de anular su personalidad, y sabe romper una relación que le está resultando perjudicial sin experimentar angustia de soledad o abandono.

Una consecuencia de ese equilibrio que destaca el psicólogo de Harvard, y que facilitará enormemente la convivencia, será evitar «las constantes quejas y críticas, los celos y los sarcasmos [que] actúan como tóxicos de las relaciones sociales»⁹.

Aplicado a la formación en el seminario, se hace evidente la necesidad de observar las relaciones que los candidatos establecen con sus compañeros. Un patrón de dominio, de dependencia o de desapego, de amistades cerradas a los demás o de dificultad para establecer relaciones interpersonales, una tendencia a la crítica descarnada o a la murmuración, nos deben poner en alerta ante la posibilidad de que el joven esté encontrando dificultades para alcanzar una plena madurez, ya que «cuanto más alto es el nivel de madurez personal, tanto más la capacidad de relación con los otros se muestra abierta a un auténtico don de sí inspirado a y movido por una autotranscendencia teocéntrica»¹⁰.

Seguridad emotiva (aceptación de sí mismo)

«Esta característica de la madurez incluye la capacidad de evitar reacciones excesivas frente a cosas correspondientes a impulsos segmentarios»¹¹: la ira, la sexualidad, el miedo a la muerte, etc. No se trata, continúa Allport, de que el individuo se encuentre siempre calmado, sereno y alegre –esto no sería ni deseable ni maduro, porque faltaría reactividad emocional–,

⁷ *Ibid.*, pp. 340-341.

⁸ F. DOSTOIEVSKI, *Los hermanos Karamazov*, Editorial Juventud, Barcelona 1968, p. 58.

⁹ Al leer este texto, uno no puede dejar de pensar en tantas ocasiones en que el Papa Francisco ha criticado esas actitudes. Sin ánimo de ser exhaustivo, véase, p. ej., *Audiencia general*, 25-IX-2013, 9-X-2013, 12-II-2014, 27-VIII-2014; *Discurso a la Curia romana con motivo de las felicitaciones navideñas*, 21-XII-2013; *Ángelus*, 16-II-2014; *Diálogo con los estudiantes de los Colegios Pontificios y residencias sacerdotales de Roma*, 12-V-2014; *Encuentro con los sacerdotes diocesanos de Caserta*, 26-VII-2014; *Discurso a las capitulares de la Congregación de las Hijas de María Auxiliadora*, 8-XI-2014; y sobre todo las homilias diarias en la capilla de la *Domus Sanctae Marthae*: 13-IV-2013, 18-V-2013, 2-IX-2013, 13-IX-2013, 23-I-2014, 11-IV-2014, 12-IX-2014.

¹⁰ A. M. RAVAGLIOLI, *Educare alla relazione interpersonale i futuri presbiteri (I). Maturità personale, processi simbolici e relazione*, «Tredimensioni» 10 (2013), pp. 121-133 (aquí p. 124).

¹¹ *Personalidad, o. c.*, p. 343.

sino de que esos estados de ánimo guarden una proporción cualitativa y cuantitativa con las circunstancias que los han provocado. La persona madura expresa sus convicciones y sentimientos, pero teniendo presentes los de los demás, sin sentirse amenazada ni por sus propias expresiones emotivas ni por las de los otros. Vive sus emociones –incluso las más intensas– de modo que no determinen exclusivamente el cumplimiento de sus obligaciones, o la convivencia con los otros.

Una cualidad particularmente importante que destaca Allport es la tolerancia a la frustración¹²: saber llevar, sin perder la serenidad ni tirar todo por la borda, los errores propios o ajenos. Ante las cosas que salen mal, la persona madura no cae en la cólera, la autocompasión o la búsqueda de un culpable en quien descargar la responsabilidad; tiene una sana autocrítica que le lleva a buscar las soluciones, y a tener una conducta flexible que se adapta a las circunstancias. En definitiva, se conforma con no ser perfecta, pero a la vez busca ser cada vez mejor.

Este rasgo de personalidad requiere un sentido de seguridad que tendrá que haber sido desarrollado fundamentalmente en la primera infancia¹³.

En la formación de los candidatos al sacerdocio habrá que estar atentos a cómo viven sus estados de ánimo, ayudarles a evitar reservas que les lleven a parecer fríos y poco empáticos, o desbordamientos emocionales ante sentimientos más intensos. La serenidad ante los obstáculos y una disposición para superarlos, que sea a la vez activa y realista, será otro aspecto más a tener en cuenta. Será también interesante constatar cómo guardan su intimidad en el trato con los demás, sin desahogos o confidencias con personas que no pueden ofrecerle la ayuda que necesitan, pues con frecuencia esa actitud acaba en un daño psicológico para ambas personas.

Desde luego, habrá que ayudarles a recurrir a la oración, no como algo desesperado, sino como un recurso natural, la mejor manera de confiar las dificultades a Quien siempre escucha y da su ayuda para soportarlas; un recurso que se hará con la actitud de Cristo en la Cruz.

Por último, hay que conocer su capacidad de escucha y comprensión ante los fallos de los demás. Es una actitud básica para un sacerdote, que tiene que mostrarse acogedor ante los débiles y los pecadores.

Percepción realística, aptitudes y tareas

«La persona sana posee disposiciones (*sets*) que conducen a la verdad en mayor grado que en las personas inmaduras. El individuo maduro no tuerce la realidad para acomodarla a las necesidades y fantasías del sujeto»¹⁴.

Este rasgo se refiere a la relación con el mundo, porque las aplicaciones a uno mismo serán desarrolladas en el siguiente apartado. Se trata de una forma de pensar en que las operaciones cognoscitivas son precisas y basadas en la realidad de las cosas. No tiene que ver con el razonamiento lógico, ni está en conexión directa con la capacidad intelectual, sino que

¹² La tolerancia a la frustración ha sido ampliamente estudiada por Albert Ellis (1913-2007) en el contexto de su terapia racional emotiva conductual. Cfr., como obra más madura, *The Road to Tolerance: The Philosophy of Rational Emotive Behavior Therapy*, Prometheus Books, Amherst (NY) 2004.

¹³ Esta idea sería muy desarrollada en la teoría del apego de John Bowlby (1907-1990); cfr. *A Secure Base: Parent-Child Attachment and Healthy Human Development*, Routledge, London 1988. Al contrario que Ellis, la teoría de Bowlby ha sido difusamente aplicada a una psicología de matriz cristiana; cfr., entre otros ejemplos, cfr. S. BRUNO, *La costruzione dei legami di attaccamento nel rapporto uomo-Dio*, «Tredimensioni» 5 (2008), pp. 292-302; J. R. PRADA RAMÍREZ, *Psicología e formazione Principi psicologici utilizzati nella formazione per il Sacerdizio e la Vita consacrata*, Editiones Academiae Alfonsianae, Roma 2009, pp. 146-157; P. CIOTTI, *Teoria dell' "attaccamento" e maturazione di fede*, «Tredimensioni» 7 (2010), pp. 266-278; W. VIAL, *Madurez psicológica y espiritual*, Palabra, Madrid 2016, pp. 72-75.

¹⁴ *Personalidad, o. c.*, p. 345.

se refiere a haber abandonado lo que ahora llamaríamos el “pensamiento mágico” propio del niño, o un razonamiento más basado en las emociones que en las circunstancias objetivas.

Como complemento necesario de esta apreciación del mundo, Allport sitúa la *aptitud*, que es la capacidad de interactuar eficazmente con el entorno, e incluye la flexibilidad y la adaptabilidad a distintos ambientes y formas de ser de los que conviven con uno.

Por último, habla de la «capacidad de perderse a sí mismo en la realización del trabajo»¹⁵, de solucionar los problemas que se ha detectado, pasando por encima de criterios egoístas, satisfacción de los propios intereses, recompensas y autodefensas. Está en relación con la *responsabilidad*.

En resumen, «una persona madura está en estrecho contacto con lo que llamamos “el mundo real”. Ve los objetos, las personas y las situaciones tales como son. Y tiene ante sí una importante tarea»¹⁶.

En la labor educativa, habrá que evaluar si el joven percibe la realidad como es, o se deja llevar con frecuencia por criterios subjetivos basados en el propio interés, en los mecanismos de defensa o en los estados de ánimo. Una buena forma de percibirlo es la manera de enfrentarse a los obstáculos: si se deja llevar por ensoñaciones, por una confianza ingenua en que las cosas mejorarán o por retrasos indefinidos a la espera de unas situaciones idílicas que difícilmente se darán. Una manifestación más de realismo será admitir los propios fallos, sin justificaciones; es un primer paso imprescindible para decidirse a mejorar.

Dicho en positivo, habrá que ayudarle a plantear los problemas de una forma realista y a planificar soluciones acordes a sus posibilidades, proponiéndose metas ambiciosas pero asequibles, contando con la experiencia de otros y sabiendo trabajar en equipo, implicándose en su trabajo también cuando requiere esfuerzo y sacrificio, sin desanimarse ante los obstáculos.

Autoobjetivación: conocimiento de sí mismo y sentido del humor

El origen del término “comprensión de sí mismo” (*insight* en el texto original) es psiquiátrico: se refiere a la conciencia del enfermo mental (especialmente del psicótico) de sufrir una enfermedad. Allport extiende el concepto a todas las personas, definiéndolo como la relación entre lo que uno cree ser y lo que realmente es; como esto último se muestra muy difícil de definir, mete en liza un tercer criterio: lo que los demás piensan de uno.

Una persona madura tendría un concepto de sí muy similar al que tienen los que le conocen. Las diferencias entre ambas valoraciones pueden ir en dos direcciones: un autoconcepto excesivamente pobre (baja autoestima, diríamos hoy) o la sensación de que los demás, incluso los más cercanos, no le conocen bien, no le valoran o no le tratan como merecería por sus cualidades.

Asimismo, Allport señala como experiencia común de los psicólogos que las personas conscientes de sus defectos o carencias son menos propensas a atribuirlos a los demás, es decir, a proyectarlas¹⁷, por lo que serán mejores jueces de los demás y tendrán mayor probabilidad de ser aceptados.

Un rasgo de personalidad estrechamente vinculado a la intuición de sí mismo –hasta el punto de considerarlos un fenómeno único¹⁸– es el sentido del humor, que define como «la capacidad de reírse de lo que uno ama (incluyendo, naturalmente, al propio sujeto y a todo lo

¹⁵ *Ibid.*, p. 346.

¹⁶ *Ibid.*

¹⁷ Muchos siglos antes, san Agustín había formulado esta experiencia común: «Procurad adquirir las virtudes que creéis que faltan en vuestros hermanos, y ya no veréis sus defectos, porque no los tendréis vosotros» (*Enarraciones in Psalmos*, 30, 2, 7). No hace falta insistir en la necesidad de esta característica para el sacerdote, llamado a acoger con misericordia a los pecadores.

¹⁸ Allport cita un estudio estadístico en que la correlación entre ambos factores era de 0,88.

que le pertenece)»¹⁹. No consiste en “ser gracioso”, sino en saber pasar por encima de los propios defectos, limitaciones y errores sin sufrirlos en exceso. Como todo, este humorismo debe ser equilibrado, pues su exceso haría caer en el cinismo.

La cara opuesta de cuanto hemos descrito es la afectación, es decir, «la tendencia de algunas personas a aparecer exteriormente como lo que no son»²⁰; es una actitud típica del adolescente, y resulta un engaño imposible que lleva al ridículo.

En el acompañamiento hacia la madurez, será útil animar a los candidatos a hacerse dos preguntas: ¿cómo me ven los demás?, y ¿qué me parece esa opinión? Un examen sincero y realista de sus acciones y motivaciones será de gran utilidad, unido a un espíritu deportivo, que puede llevar a mejorar, sin desanimarse, siempre con una sana distancia de uno mismo que le lleve también a reírse de los propios fallos.

La forma de convivir con los errores de los demás será otro indicador no sólo de cómo el seminarista vive la fraternidad, sino también de cómo se conoce a sí mismo: quien se sabe con defectos no se extraña de que los demás también los tengan.

Filosofía unificadora de la vida

Llegamos a la última característica de la personalidad madura, que Allport define como una filosofía capaz de unificar el sentido de la vida, formulada en algún sistema de valores. Sería aquel fin (o fines) por los que la persona ha elegido vivir, que dirige las acciones y da un sentido a toda la existencia (por ejemplo, un comunista, un cristiano o un pacifista); por eso la llama *orientación a valores*.

Intenta agrupar esas concepciones en “esquemas de comprensibilidad”. Serían modos de vida descritos a partir de las principales ideologías o corrientes de pensamiento que se pueden encontrar en la sociedad, que permiten entender –sin encasillar– lo que mueve a una persona concreta y valorar cuánto está avanzando en la búsqueda de sus objetivos vitales, así como cuantificar su coherencia con ellos. Obviamente, esos esquemas no agotan la realidad ni existen de forma pura, y su clasificación variará entre los autores.

Allport define seis esquemas: *teórico* (búsqueda de la verdad), *utilitario* (búsqueda de lo útil), *estético* (búsqueda de la forma y la armonía), *social* (búsqueda del amor), *político* (búsqueda del poder) y *religioso* (búsqueda de la unidad).

Desde una perspectiva cristiana, puede sorprender la definición del esquema religioso, hasta el punto de que resulta sencillo, a primera vista, identificarse más con el social. Puesto que los otros cuatro parecen más claros, desarrollaremos brevemente estos dos, para delimitarlos correctamente y establecer sus diferencias.

El esquema social, según la propuesta de Allport, tiene como valor más alto el amor por la gente, ya sea por uno o por muchos, e incluye el amor conyugal, filial, la amistad y la filantropía; estas personas valoran a los demás como fines en sí mismos, son amables, cordiales y desinteresadas. Este esquema puede acercarse al religioso, pero la diferencia estriba en que el social es puramente horizontal, se dirige hacia los demás hombres, pero no mira hacia arriba, hacia Dios.

El esquema religioso, por el contrario, quiere conocer el cosmos en su complejidad, y ponerse en relación con la totalidad. Las personas que siguen esta forma de vida pueden ser *místicos inmanentes*, que buscan su experiencia religiosa en la afirmación de la vida y en una activa participación en ella; o *místicos trascendentales*, que buscan unirse a una realidad más elevada apartándose de la vida del mundo a través del ascetismo la negación de sí mismos y la meditación.

¹⁹ *Personalidad, o. c.*, p. 349.

²⁰ *Ibid.*, p. 350.

Se echa de menos en esta exposición un tercer tipo de religiosidad: la que busca esa unidad –o más bien el amor– con un Dios personal y, en consecuencia, ansía una cierta separación de lo material, pero como medio para facilitar la relación con el ser divino a través de la oración (no ya de una abstracta meditación) y, al sentirse parte de la comunidad de los hijos de Dios, se preocupa también de sus hermanos los hombres y participa activamente en las cosas del mundo.

Obviamente, Allport era un psicólogo, no un teólogo, y no es éste el lugar para un análisis de su visión de la religiosidad. No obstante, junto a una crítica de formas inmaduras de religiosidad (que sin duda existen), señala también la posibilidad de una religiosidad madura dentro de las religiones tradicionales e institucionales.

Podemos decir que la actitud cristiana, el “esquema de comprensibilidad” (usando el lenguaje de este autor) que habría que fomentar en los candidatos al sacerdocio, sería una mezcla del social y el religioso, incluyendo en éste el sentido vertical y la búsqueda de una relación personal de amor a Dios a que nos hemos referido. Este esquema deberá ser la fuerza unificadora de la vida del seminarista, que le lleve a actuar de acuerdo con sus valores, a interiorizar aquello que escucha a sus formadores hasta hacerlo propio, a saber renunciar a cosas sin perder la serenidad ni caer en añoranzas, porque sabe haber elegido la mejor parte²¹.

Esto es compatible con ser realistas; es decir, al experimentar la distancia entre el ideal al que se aspira y lo que realmente se es, se razona de esta manera: «tengo el deber de procurar en todo lo posible ser la clase de persona que soy parcialmente y que espero ser completamente»²².

El fin que propone Allport del ideal religioso también nos puede servir como medidor de la madurez de la persona: la unidad, pero no con el cosmos, sino con un Dios Creador y Padre, con el que se puede tener la relación de tú a tú en que consiste la oración.

Por último, habrá que fomentar la dimensión social. Con ella, el candidato no se cerrará en sus opiniones ni despreciará a los que no comparten su visión del mundo. Esta actitud negativa, como justamente señala Allport, mostraría una religiosidad inmadura.

Conclusión

Hemos hecho un recorrido por los factores de madurez que propone Gordon Allport, que abarcan aspectos de la relación con uno mismo, con los demás y con el mundo. Las seis notas estudiadas se relacionan con muchos factores, heredados y adquiridos, conscientes e inconscientes, que influyen en el modo de ser.

La formulación sistemática de Allport las presenta como un proceso de crecimiento y un camino que lleva a salir de sí mismo y a olvidarse del propio yo. Conciernen bien, por tanto, con el ideal cristiano, y pensamos que son prácticas y útiles para la tarea de formación en los seminarios, pues su valoración por parte de los formadores supondrá un sólido punto de apoyo para marcar objetivos en los cuales mejorar, en un proceso que debe durar toda la vida.

Al apuntar hacia ellas, no se ha de olvidar que la principal fuerza proviene de la gracia de Dios y que el objetivo, distinto al de cualquier teoría psicológica, es crecer en el amor a Dios y parecerse a un modelo de persona madura por excelencia: Jesucristo.

El equilibrio que refleja esa madurez hará que el joven seminarista, y después el sacerdote adulto, sepan reaccionar de manera apropiada a los distintos estresantes que inevitablemente encontrarán, dando a las cosas la importancia que tienen, ni más ni menos.

²¹ Cfr. *Lc* 10, 42.

²² *Personalidad, o. c.*, p. 362.